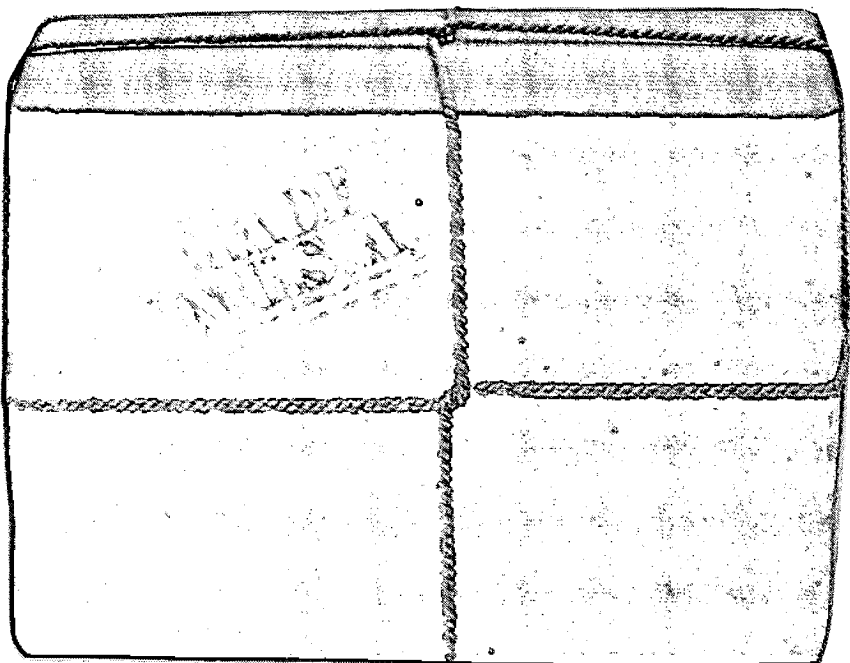

¿SON LOS MEDIA MAS VIOLENTOS QUE LA SOCIEDAD QUE LOS GENERA?

TULIO HERNANDEZ

“El tema ha apasionado a los artistas desde que el hombre desarrolló un lenguaje más complejo para expresar los recovecos de su esencia. Todos los grandes personajes de la literatura, si uno se fija son asesinos. Comenzando por Caín —La Biblia es un libro de historias de homicidas— y siguiendo por **Ulises**, **Edipo**, **Electra**, **Otelo**, **Macbeth**, **Raskolnikov**, **Sorel** y otros”.

(Rubem Fonseca. EL GRAN ARTE)



ENTRE EL CLISE Y EL RETROCESO

Dos tendencias muy marcadas parecen caracterizar los discursos producidos en nuestros días por los estudiosos, críticos y “hombres públicos” en general sobre los medios masivos de comunicación. De una parte, y esto vale para toda América Latina pero es más notorio en Venezuela, cierta tendencia al estancamiento, la repetición y la aplicación de las mismas fórmulas, de un esquema cada vez más empobrecido, todos los temas que abordamos. Ya se esté hablando de la telenovela, los *videoclips*, la informática o los comics, el punto de partida y el punto de llegada parece ser siempre el mismo. Asediados por las reflexiones universalistas y por las tendencias de pensamiento más apocalípticas, nos hemos acostumbrado a un esencialismo —“los medios de comunicación transmiten la ideología de la clase dominante”— que pierde los detalles, las mediaciones, la complejidad de los procesos y sus variaciones en el tiempo por la prisa de comprender los fenómenos en su totalidad, por ir a la “causa última” que los produce.

La otra tendencia, y aquí hacemos referencia exclusiva a nuestro país, es la expresada en la conversión de la reflexión sobre los medios y la cultura de masas en una operación moralista o en un discurso neutral que elude tocar el trasfondo político de sus procesos y logra que una crítica inicialmente revolucionaria, progresista y libertaria vaya convirtiéndose poco a poco en pensamiento atrasado, conservador, reaccionario. Al operar, además, sobre el vacío y el hartazgo producidos por la incesante repetición de los mismos clisés sobre los Medios —eso que Jorge González (1) ha llamado el “denuncismo ideológico”—, esta segunda tendencia encuentra un terreno fértil para, junto a la condena los análisis “marxistas” o la llamada teoría crítica, intenta desterrar del debate las viejas interrogantes sobre las posibilidades democráticas de los sistemas de comunicación que aún siguen sin encontrar respuestas.

En este contexto, o cambiamos el giro de nuestros enfoques, desterramos una lógica de reflexión excesivamente condicionada por una postura “profesional” (en el sentido burocrático del término), o estaremos contribuyendo a la creación de una *doctrina*, esto es, un sistema cerrado de pensamiento incapaz de dar cuenta del orden y la significación de los fenómenos que examina. Incapaz, por tanto, de enfrentar el periódico *revival* del positivismo y la complicidad con el Poder analizados desde el terreno de la investigación académica.

A la luz de estas preocupaciones hemos querido abordar el tema de la violencia en los *medios* por cuanto encontramos que su tratamiento público en nuestros días nos ofrece una de las más evidentes constataciones de las dos tendencias a las que hemos hecho referencia.

¿YA ESTA TODO DICHO SOBRE LA VIOLENCIA?

La presencia excesiva de la violencia en los *mass-media*, particularmente en el cine y la televisión, ha sido uno de los pocos tópicos alrededor de los cuáles existe un manifiesto acuerdo entre los críticos y defensores de estos *media*. Incluso, ha sido precisamente en renglones referidos al uso de la violencia en donde se han emprendido las más importantes y primeras regulaciones e intervenciones del Estado para intentar reducir su presencia dentro de la programación televisiva, al menos, tal es el caso en los Estados Unidos e Inglaterra.

Ya en 1969 la “National Commission on the Causes and Prevention of Violence”, comisión creada por decisión del senado norteamericano, emitió un extenso informe sobre la violencia en los programas televisivos de entretenimiento en el que concluía: “Una dieta constante de comportamiento violento en la televisión tiene

un efecto adverso en el carácter y las actitudes humanas. La violencia en la televisión incita a formas violentas de comportamiento y ayuda al desarrollo en la vida diaria de valores morales y sociales, de formas de vida violentas y antisociales, que son inaceptables en una sociedad civilizada”.

Sin entrar a discutirlos, podemos decir que afirmaciones similares las encontramos, casi al pie de la letra, en la opinión pública y los escritos sobre el tema en casi todos los países occidentales. En muchos casos, incluso, enunciándose conclusiones extremas y tecnicistas que dejan de un lado lo que ya es un acuerdo entre los investigadores: por ejemplo, que no se puede comprender los efectos de la televisión abstrayéndola del marco social donde opera, o que la televisión no puede ser considerada como causa principal de ningún fenómeno social —la violencia, la decadencia moral, la enajenación— sino como un elemento que podría contribuir grandemente en su gestación afectando a unas personas con mayor intensidad que a otras.

En América Latina, son tanto y tan graves los problemas y las arbitrariedades existentes en el uso social de los sistemas de difusión masiva, que el tema de “la violencia” es sólo “un problema más”. A diferencia de USA e Inglaterra, por ejemplo, donde durante mucho tiempo, junto a la sexualidad, la violencia ha sido el eje fundamental de las propuestas críticas frente a los medios. Sin embargo, periódicamente el tema vuelve a ser debatido y en muchos casos utilizado como “cortina de humo”, como discurso que da prestigio de preocupación ciudadana pero que deja intacto el contexto social y las implicaciones económicas y políticas del problema. Y, precisamente, al no avanzar la discusión pública más allá del “lugar común”, aún no demostrado, de que “la violencia televisiva engendra más violencia en la sociedad”, se deja a medio camino cualquier probabilidad de corrección.

Impera, entonces, la necesidad de replantear, en un contexto mucho más amplio, el tema de la violencia en los medios para sacarlo de la aburrida repetición de medias verdades limpiarlo de tanto lugar común que hemos aceptado como cierto sin siquiera discutirlo y deslastrarlo de la reflexión moralista que puede dar pie a formas sutiles o explícitas de censura.

LOS LIMITES DE LA(S) VIOLENCIA(S)

El primer paso prudente sería la realización de una operación conceptual que nos ayudará a delimitar de qué estamos hablando cuando hablamos de violencia, de tal manera que pudiéramos detectar si en la invocación en contra de la violencia en los medios que realiza un sacerdote del “opus dei” el término adquiere el mismo significado que cuando es utilizado por la sociopolítica de la comunicación.

Porque sospechamos que tras la falsa claridad de la noción de violencia se oculta uno de esos términos que Edgar Morín (3) ha denominado palabras-clave y Gustavo Esteva (4) ha bautizado como vocablos-amiba; es decir, aquel tipo de palabras que invadieron la vida cotidiana apareciendo como si fueran emanaciones de la ciencia y que, al circular amparadas en el prestigio de aquella, nadie se preocupa por definir o darle precisión conceptual a su empleo, y todos hacen uso de ellas con la certeza de que los interlocutores comparten la misma “intuición sobre su significado”. Junto a vocablos como estos —inflación, energía, democracia, desarrollo, poder— podemos incluir la palabra violencia cada quien le da el sentido que prefiere y nunca se sabe si estamos hablando del mismo referente.

Ya es clásica aquella famosa “*boutade*” de Sartre: “inmoral no es el retrato de una mujer desnuda, inmorales son los rostros calcinados por napalm de los niños vietnamitas”. Vale la alegoría también para la violencia. Mientras los “radicales”, los “liberales” o los “progresistas” (si es que esto sigue significando una distinción) de

las naciones occidentales definen el término violencia de un modo tan amplio que abarca toda clase de injusticias sociales que otras personas no consideran necesariamente violentas (acaso un empresario considera violencia el ruido bestial y el calor extremos de una sala de máquinas, o el bajo salario que recibe quien allí trabaja), los conservadores, en cambio, generalmente definen el término violencia de un modo tan estricto que sólo abarca el uso ilegal de la fuerza física.

José Ferrater Mora (5), ha afirmado al respecto, una de las preguntas claves: "desde el momento mismo en que se comienza a hablar de violencia se plantea el problema de si algún acto o serie de actos de violencia pueden o no ser justificados. ¿Habrá pues, ciertas clases de violencia que son necesarias y, por tanto, moralmente aceptables, en tanto que otra clase de violencias no gozan de tal privilegio? ¿O debe condenarse siempre toda violencia? ¿Como llegar a una decisión al respecto?"

Preguntas similares podemos plantearnos en el terreno que nos ocupa, la violencia en el cine y la televisión. ¿De qué violencia se habla cuando se habla de la violencia en los Media? ¿Sólo de violencia física expresa (golpes, explosiones, disparos)? ¿o de cualquier otra forma de violencia, intimidación, extorsión, agresión, aún cuando sólo muestre o involucre procesos psicológicos o condiciones de vida adversas? Por ejemplo, en "Los olvidados de Buñuel" ¿dónde hay más violencia en la agresión de los niños al viejo músico o en el paisaje de miseria donde habitan? Esto nos remite a preguntas aún más complejas ¿Es condenable *toda* presencia de la violencia en los medios audiovisuales o sólo es un problema de número, de frecuencia, de cantidad? Y más todavía, ¿Es condenable la violencia, o es necesario aceptarla como un fenómeno socioantropológico clave de nuestra existencia colectiva y, por tanto, indiscutible su presencia en todas las creaciones imaginarias del hombre?. Dos preguntas más: ¿Hay suficientes evidencias para concluir que la violencia en los Medios genera más violencia, o por el contrario como afirman algunos, funciona como catarsis, como canalización simbólica de la violencia contenida en los individuos? Y, por último, ¿sería conveniente un entorno comunicacional exento de violencia para ciudadanos que vivimos obligatoriamente inmersos en ciudades, y barrios y un planeta totalmente signados por su amenaza cotidiana? Dicho de otra manera ¿son los Media más violentos que las sociedades que los engendran?

Sin ánimos (ni posibilidades) de dar en este trabajo respuestas a estas preguntas, consideramos que no se puede avanzar en el estudio y comprensión del tema si no se le enfrentan previamente una a una. Hasta ahora, la mayor parte de las investigaciones dan por supuestas tanto las definiciones de violencia, como sus implicaciones éticas y políticas. La más de las veces se insiste en una relación causa-efecto que se restringe; bien a un juicio exclusivamente "moral" contra la presencia de la violencia como agente del mal, bien a desligar la violencia de los medios de la violencia de la sociedad en su conjunto y de la violencia como constante del comportamiento humano; o en le mejor de los casos, a registros puntillistas de laboratorio con las técnicas del análisis de contenido o de la psicología experimental cuyo inventario (cfr. Muñoz, Carlos: *Agresión y Violencia*, Caracas: UCV, 1974) sólo da cuenta un agregado de resultados abiertamente contradictorios que impiden extraer conclusiones más o menos definitivas a nivel colectivo).

Por lo pronto, se nos ocurre como una medida saludable para evitar el abordaje del problema en términos absolutos —LA VIOLENCIA— y proponer el estudio y la preocupación por casos y formas específicas de su presencia.

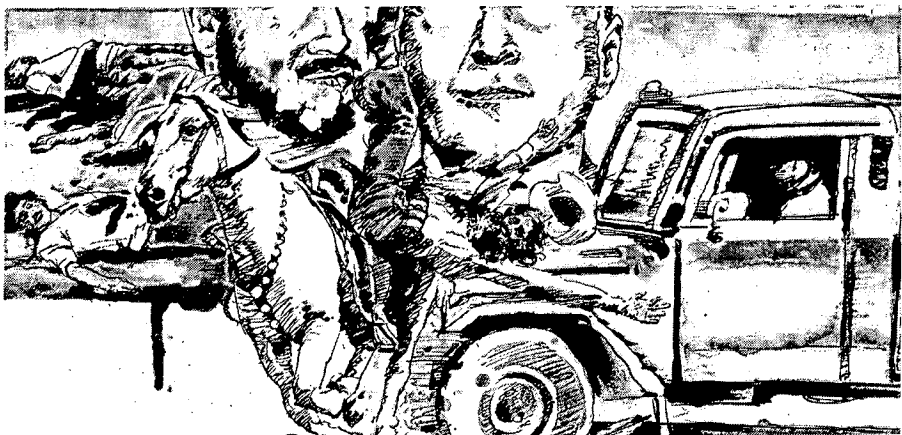
LAS VIOLENCIAS. No se trata de un mero juego de palabras, sino de una manera ética y política de distinguir entre USOS diversos de un mismo fenómeno, pero sobre todo como estrategia para obligar a referencias concretas, al análisis de

condiciones éticas e históricas en la que es comprensible su presencia, y de ese modo impedir cualquier condena abstracta y universalista de corte "pacifista" (¿se debe estar en contra de la violencia en Nicaragua, o condenar toda respuesta violenta en Suráfrica?) o de corte moralista (¿son de la misma naturaleza la violencia de EL BESO DE LA MUJER ARAÑA o de NOVECIENTO de Bertolucci, y la de los RAMBO I, II y N?)

Habría que precisar, además, de cual violencia estamos hablando. Porque si nos referimos al cine y la televisión que consumimos en América Latina, tenemos que hablar entonces de la violencia norteamericana y, en menor número, de la violencia japonesa que son las principales fuentes de los programas y filmes que circulan en nuestro subcontinente. Y allí estamos frente a dos tipos de problema. En primer lugar, la transculturalidad de un mensaje que es producido y por tanto responde a los patrones de una sociedad —la norteamericana— pero debe ser consumido dentro de otros esquemas de lectura y por un público carente del manejo de los códigos que hacen suficientemente comprensible la violencia de los excombatientes de Vietnam, las calles de New York, o las minorías étnicas. En segundo lugar, la violencia de la ficción norteamericana, es una violencia compatible con una sociedad violenta, guerrillera, imperialista, asediada por la delincuencia en todas sus formas, y cuya historia y su constitución en imperio se ha hecho precisamente a partir del triunfo de distintas formas de violencias: la de los blancos contra los indios, las del norte contra el Sur, la de los blancos contra los negros, la de los marines contra los ejércitos de los países latinoamericanos. No hay, entonces, nada casual en su afición por la violencia audiovisual, no es sólo una creación de los Media, es la expresión más completa de su proceso histórico y sus valores predominantes. El papel de los Media ha sido el de convertirla en un espectáculo altamente rentable.

En estos términos, al problema de los posibles efectos de la violencia en televisión y cine, habría que añadirle el hecho de que se trata de una violencia cuyo contexto de producción y cuyos referentes sociales son ajenos a buena parte del público receptor. Por lo tanto, cualquier intento correctivo demanda una reflexión sobre los efectos perniciosos de esta transculturalidad y sobre las condicionantes políticas y económicas de la producción y circulación transnacional de la "violencia".

En resumen, creemos que la superación del "techo cognoscitivo" existente alrededor del fenómeno violencia en los *media* y la aceptación acritica de los supues-



tos efectos negativos, exige la superación: *en primer lugar*, de la visión esquemática de los Medios y su papel en la cultura de masas que le atribuye a los primeros poderes sin analizar las condiciones concretas de circulación y recepción de sus mensajes; *en segundo lugar*, la tendencia a eludir una definición ética y política de la violencia, a condenar apriori su presencia, a no indagar en posibles funciones educativas y "concientizadoras" que podría tener ciertos usos dentro del discurso audiovisual y a desligar la violencia en la ficción audiovisual de la violencia como hecho humano vital, y *en tercer lugar*, la ausencia de una visión de contexto, dinámica, de la relación entre medios, violencia, lenguajes audiovisuales, sociedad y mercados transnacionales de información y entretenimiento.

Nos permitiremos concluir con un pequeño comentario sobre éste último punto.

VIOLENCIA COMO GRAMATICA O LA VIOLENCIA QUE SE HA VUELTO LOCA

Al comienzo del trabajo citamos un texto de la novela brasileña Rubem Fonseca como pretexto para ilustrar la constante preocupación del hombre por incluir la violencia en sus creaciones imaginarias. Constante que nos lleva a plantearnos una pregunta clave: ¿Por qué razón una sociedad, o sociedades, que aceptan socialmente las más diversas formas que ha asumido la violencia en las que son sus creaciones literarias paradigmáticas (desde la *Biblia* hasta los cuentos de hadas pasando por la tragedia griega), que incluso ha reglamentado la guerra para hacerla más "humana", digiere esas formas de violencia, las tolera y las dignifica al mismo tiempo, condena otras formas que se producen en el mismo plano de la creación de ficciones?

El primer elemento a considerar sería el papel y el efecto de la imagen en movimiento. Mientras en el teatro hay un sistema de dispositivos escénicos que insisten en su carácter de representación, y en la lectura hay un proceso de abstracción que incorpora las situaciones de violencia en el marco de significaciones del relato en su totalidad, el realismo de la imagen en movimiento y, sobre todo, la influencia del montaje televisivo, libera cada imagen individual, haciéndola capaz de generar un disfrute y una atracción, por sí sola, independientemente de la cadena de significaciones de la cual forma parte y dentro de las cuales se torna ininteligible. Podríamos decir, que a través de los recursos técnicos en la producción de imágenes se ha ido constituyendo una cultura visual donde lo fundamental es la acción, la transformación, la variedad, el movimiento, en síntesis la excitación visual permanente (se calcula que en la televisión hay de 20 a 30 acontecimientos técnicos —cortes, insertos, efectos— por minuto en la publicidad y de 8 a 10 en programas de TV comercial). Y no hay otro acontecimiento humano que responda mejor a esas condiciones del discurso que la violencia. El expublicista norteamericano Jerry Mander lo ha ilustrado con gran claridad: "La guerra es programación más destacada que la paz. Está llena de momentos espectaculares, contiene acción y resolución, trasmite una emoción poderosa. La paz es ancha y amorfa. Las emociones vinculadas con ellas son sutiles, personales e internas. Son mucho más difíciles de televisar".

Tal vez, tenemos a mano una respuesta clave. Lo que se cuestiona, o mejor dicho, lo que se debería cuestionar no es la presencia, la inclusión de la violencia en cualquiera de sus formas dentro de la creación televisiva y cinematográfica, sino una modalidad de producción industrial que hace del acto de violencia, de su exhibición física, de su alarde, el núcleo fundamental de su creación, el *leit motiv* de su narrativa. *No es la violencia como referente sino la violencia como pretexto, o hablando*

en términos semiológicos, la violencia como gramática, lo que resulta abyecto en el negocio transnacional de la producción audiovisual. Negocio que, sustentado en creaciones industriales de pésima calidad y excelente factura técnica, contribuye a forjar un imaginario de masas donde las acciones de los protagonistas son sólo pretextos para lograr la pelea, el asalto, la persecución, el incendio, la explosión, y donde, por tanto, las distinciones bien-mal, premio-castigo, heroe-enemigo, adyuvantes-oponentes, con las cuáles aprendemos a ordenar el mundo, entran en un estado tal de confusión que echa por la borda la posibilidad de elaborar un juicio o hacer comprensible, justificar o condenar, la violencia que se está presentando.

Morín ha reclamado la "necedad" de reducir o unidimensionalizar la violencia. Justifica, por ejemplo, la violencia de revuelta como medio de romper la intimidación o la explotación. Pero condena, lo que a su juicio es el rasgo de este siglo: la violencia que se ha vuelto loca, la "violencias repetidas, absurdas, llevadas a cabo por causas insensatas contra autoridades insensatas". La "violencia que se ha vuelto loca" es también la de ciertas formas de inclusión en la producción audiovisual norteamericana equivalente en su insensatez a las matanzas enormes, los castigos crueles, las torturas asesinas de la realidad. Pero, tengámoslo en cuenta, el problema esencial a resolver no es el de reducir la violencia visual sino reducir al máximo o eliminar los daños, las lesiones, las discriminaciones, las lesiones que unos seres humanos pueden causar a otros. Hasta el momento no sabemos a ciencia cierta cuánto pueden influir la presencia o la ausencia de la violencia en los Medios, pero estamos seguros que no se trata de un problema de cantidad o de frecuencia sino de articulación y significación de los mensajes. Con Ferrater Mora podemos decir que sí nos interesa todo lo anterior "debemos entender lo mejor posible de que daños se trata, como se causan, etc; y esto puede hacerse clasificándolos, categorizándolos, estableciendo diferencias entre tipos de los mismos, definiéndolos". Por tanto más que una lucha contra la violencia en los medios se trataría de enfrentar a una gramática y un monopolio transnacional que vacía la violencia de significado, que la vuelve "loca", y la convierte en mera técnica de excitación visual.

REFERENCIAS

1. GONZALEZ, Jorge: "Culturas Populares hoy". Rev. COMUNICACION Y CULTURA No. 10, julio 1983.
2. Tomado de James HALLORAN: **LOS EFECTOS DE LA TELEVISION**, Madrid, Editorial Nacional, 1974, p. 100.
3. MORIN, Edgar: **PARA SALIR DEL SIGLO XX**, Madrid, Editorial Kairos, 1981.
4. ESTEVA, Gustavo: "Aportes para un debate: Comunicación contra cultura". Rev. COMUNICACION Y CULTURA, No. 13, marzo 1985, pp. 125-143.
5. FERRATER MORA, José y Priscila Cohn: **ETICA APLICADA. DEL ABORTO A LA VIOLENCIA**, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp.
6. MANDER, Jerry: **CUATRO BUENAS RAZONES PARA ELIMINAR LA TELEVISION**, Barcelona, Editorial gedis, 1981, pp. 336.

10 AÑOS

comunicación

ESTUDIOS VENEZOLANOS DE COMUNICACION
PERSPECTIVA CRITICA Y ALTERNATIVA